

BLOQUE I: HISTORIOGRAFÍA

A propósito del retorno del historicismo. Consideraciones sobre la historiografía actual

Elena HERNÁNDEZ SANDOICA

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Se sostiene en este artículo que el asunto del denominado posmodernismo en el pensamiento histórico plantea de manera muy sugerente el tema de la antigua relación entre historicismo y subjetividad. Muchas de las experiencias historiográficas recientes se iluminan únicamente en cuanto que pueden ser incorporadas dentro de las categorías propias de la imaginación histórica, según las pautas del historicismo. Al proponer este enfoque un tanto excéntrico, la autora opina que la última historiografía no por fuerza tiene que ser considerada «nueva».

ABSTRACT

This article argues that the question of so called «postmodernism» in historical thought poses in a compelling fashion the question of the older relationship between historicism and subjectivity. Recent historiographical experiences acquire meaning only insofar as they can be subsumed within «historical imaginative» categories. In proposing this slightly odd focus, the author claims that the coming enterprise of historiography should be seen not necessarily so much «new».

PALABRAS CLAVE

Historiografía,
postmodernismo,
nuevas corrientes

KEY WORDS

Historiography,
postmodernism, new trends

Para José Urbano Martínez Carreras

I

Al contrario de lo que el *estructuralismo* en historia pretendía, es hoy difícil convenir en una definición unívoca del género historiográfico. Ello se debe a la riqueza de modos existentes de *ser historiador*, a la variedad de metodologías y especializaciones que conviven dentro de esa etiqueta. Son variedades que crecen al amparo de la más que soportable levedad de las confrontaciones científicas y las polémicas que sostenemos los historiadores: la operación, de momento, podría definirse como de una *pluralidad* bastante *desigual*. La historia es hoy *poliédrica*, debido a los distintos ingredientes que en ella toman parte; es *variada*, tanto en cuanto a los elementos empíricos que la vertebran como *forma de conocimiento* o disciplina normalizada, como en lo referido a sus horizontes *teóricos* y filosóficos. Éstos, aunque difusos y casi nunca explícitos, son siempre reconocibles como referentes o inspiradores de la obra realizada. Apenas es preciso decir, finalmente, que toda esa pluralidad y variedad de resultados remiten a la constante influencia de las *ciencias sociales*, con sus diversas perspectivas y enfoques cruzados.

Lo que ha sido, por más de un siglo una larga andadura de relaciones entre la historia y las ciencias sociales quedaba referido por Carl Schorske cuando, en una alocución leída en 1988, recogía sus efectos acumulados, de dispersión constante aunque cada día mayor interacción: «Sostengo que la historia», venía a decir, «ha incorporado en su propio cuerpo la automatización de las disciplinas académicas. Por consiguiente, la historia está haciendo proliferar una variedad de subculturas. Su tradición universalista, agotada en gran medida, no puede crear un esquema macroscópico de grandes periodos. En su lugar aborda una materia vastamente expandida de forma microscópica. En consecuencia, ha aumentado exponencialmente la necesidad de distintas disciplinas extrahistóricas, de nuevas alianzas»¹.

Una parte importante de esas *nuevas alianzas* se sitúan, filosóficamente, en enfoques que encuentran su punto de partida en la demolición del *realismo ontológico* y de las filosofías *objetivistas*, un ángulo que sin embargo no es en sí mismo estrictamente nuevo². De manera contradictoria, en la conjunción realista-objetivista descansaban no obstante, hasta hace poco, los supuestos fundantes de la *práctica* dominante en historiografía, muy raramente discutidos hasta tiempos recientes. Estos otros enfoques

¹ SCHORSKE, C. E.: *Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la modernidad*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 373.

² Como muestra de exploraciones e intentos anteriores, HERDINGER, H.W.: *Subjektivität und Geschichtswissenschaft. Grundzüge einer Historik*, Berlín, 1969.

buscan su sustitución por bases filosóficas *subjetivistas*, o que al menos contienen planteamientos de indudable naturaleza *antiobjetivista*. En el camino intermedio entre aquellos enfoques (los «clásicos») y estos otros (la mayoría de los «experienciales»), aparece, a favor de las ciencias sociales y del historicismo diltheyano —el *idealista*—, todo un rescate posible del potencial heurístico de la *intersubjetividad*³.

A pesar de la pluralidad, y al menos de momento, tenemos *una sola* (aunque *mixta*) disciplina de la historia, con la cual unos y otros nos vemos obligados a operar. A pesar igualmente de la creciente variedad de perspectivas nuevas o *novísimas* (el mestizaje es aún mayor en la especialidad de «contemporánea», me parece), y no obstante la mezcla permanente de *novedades* y *recurrencias* preexistentes, en el conjunto de variantes que está hoy a disposición de los historiadores (y en sus inspiraciones previas, asimismo) hay muy posiblemente un *sentido único*, una razón profunda que los une entre sí y les otorga cohesión y fuerza.

Y que posiblemente siga residiendo en lo que el historiador francés de la antigüedad Paul Veyne llamó «*afán de inteligibilidad*» para referirse a esa especie de lucha agónica de los historiadores para manejar las evidencias sirviéndose de moldes, de *conceptos* o *ideas-fuerza* útiles, instrumentos con carácter permanente. Lo cual quiere decir elevar la capacidad de la historia como una *vía de conocimiento*, lograr su adecuación a la exigencia metódica de acercamiento a la «verdad» (si bien el distinto concepto de verdad que el investigador emplee incidirá en los procedimientos y los resultados).

Hoy ya, salvo excepciones, nadie pretendería sostener horizontes holísticos para ese acercamiento a la *realidad histórica*, pero no es cierto que los historiadores renunciemos sin más a detectarla. [Si el historiador comparte un planteamiento pragmático, por poner un ejemplo, sostendrá que sólo entendidos en sus contextos culturales respectivos cobran sentido términos como «verdad», «virtud», «conocimiento» y «moralidad», pero que no hay una sola posibilidad de iluminarlos y explicarlos. Y así, si la filosofía se *historiza*, o se convierte en un producto *sociocultural* sujeto a los contextos, sufren también comparativamente de incertidumbre los historiadores].

A falta de un único camino para llegar a la verdad, y dada la variedad de perspectivas para atender a su oscurecimiento inevitable después de Nietzsche, Foucault o Derrida, sería precisamente la constante presencia de aquel afán de *inteligibilidad* la que, habría producido paradójicamente en nuestro campo, en una sacudida inesperada, esa serie de pliegues de *historia intelectual* que, miradas de cerca, son las corrientes historiográficas actuales. En algunas de ellas hay ciertamente rasgos de posmodernidad, inscritos en las modificaciones teóricas más recientes, pero —a mi modo de ver— pocas veces res-

³ Por ejemplo, PRUS, P.: *Symbolic Interaction and Ethnographic Research. Intersubjectivity and the Study of Human Lived Experience*, Albany, State University of New York Press, 1996.

ponden sin embargo todas esas corrientes a algunos de los elementos inequívocos que se invocan para reconocer ese matiz.

Si tomamos un caso particular, el del tan alabado como denostado Simon Schama, lo que nos encontramos es, implícita o explícitamente, un alegato contra la historia *fragmentaria y multicultural* que predomina, desde finales de los años 80, en los Estados Unidos. Su propuesta se afirma contra lo *micro* (que Schama identifica con lo local), frente al abandono de la *imaginación histórica* a la manera de Collingwood, por el imperativo político de «no ofender» (sic), *no lastimar los intereses de las minorías*, no estorbar sus múltiples operaciones de afianzamiento de las *memorias* (claro está que en plural...) No hace falta ir muy lejos para observar en todo ese conjunto de afirmaciones y principios la vuelta de un historicismo nítido, con ribetes de modas historiográficas posteriores. Un «retorno» que no supone tan solo una excentricidad, sino una corriente filosófica rescatada, inscrita en el contexto de esa más amplia, y recuperada, *historicidad*⁴.

Lo que más odia Schama, al decir suyo —neorromántico y conservador al fin—, es «la falta de emoción en la escritura de la historia», la proliferación de textos de historia áridos e insulsos, incapaces de «estimular la imaginación»⁵. Y el carácter igualatorio, el rasero a la baja, que cree ver en los sistemas de enseñanza, poco dados a *revivir intuitivo*, a su decir: «A medida que en las escuelas y facultades la historia vaya tomando la forma de un álbum de recortes de documentación y de insulsas devociones, su capacidad para medir la imaginación se perderá». Acusado de *inventar* la realidad, lo que Schama representa es, sin embargo, una forma posible de reacción frente a una situación historiográfica en que una «erudita formidable» como Gertrude Himmelfarb parecía a su vez descomponerse frente a la progresiva desaparición de las notas a pie de página en los libros de historia, una historiografía rearmada contra el avance de la *interpretación* y la *subjetividad*, defendiendo la *objetividad* como resultante final del acúmulo empírico⁶.

Invocando a «los maestros» —aquellos para quienes «la historia no era un lugar remoto y fúnebre» sino «un mundo que hablaba en voz alta y con urgencia a nuestros propios intereses»—, Schama apuesta por devolver a la historia su «inmediatez dramática», en un gesto del más puro *idealismo historicista*, una especie de homenaje a Dilthey y a Collingwood. La primera medida, y la más urgente, sería liberarla del corsé de

⁴ ROBERTS, D. D.: *Nothing but History. Reconstruction and Extremity after Metaphysics*, Berkeley, University of California Press, 1995.

⁵ SCHAMA, S.: «Clio tiene un problema», en *Confesiones y encargos. Ensayos de arte*, Barcelona, Atalaya-Península, 2002, pp. 168-178, cit. 169. [El texto original en *The New York Times Magazine*, 8/9/1991].

⁶ Algunos de estos modos: HEXTER, J. H. «F. Braudel and the 'Monde braudelien'», *Journal of Modern History* 44 (1972), pp. 480-539. ROKKAN, S. (ed.): *Comparative Research Across Cultures and Nations*, Londres, 1968. SLOTERDIJK, P.: *M. Foucaults strukturele Theorie der Geschichte*, *PhHb* 79, 1972, pp. 161-184. RIDDER, P. «Historischer Funktionalismus», *Zeitschrift für Soziologie* 1 (1972), pp. 333-352.

las ciencias sociales porque, a su entender, «la historia no es necesario que se disculpe por lo que es en realidad: el estudio del pasado en todo su magnífico desorden»⁷.

II

Un recorrido en el pasado, yendo hacia atrás, nos mostraría que desde antiguo ha habido (aunque no *tantas* ciertamente como en estos momentos) maneras bien distintas de practicar nuestro oficio. Maneras diferentes de relacionar lo *particular* con lo *general* y lo *regular* con lo *esporádico* o *aleatorio*, todas ellas sujetas al modo utilizado por los historiadores para inscribir en sus discursos el *tiempo histórico* (eso que bien puede considerarse nuestra «jaula de hierro»), la dialéctica entre pasado, presente y futuro en el juego entre los individuos y las sociedades.

Son maneras diversas de afrontar la *memoria*, de extraerle su fruto y ordenar su cultivo, un asunto que nunca ha escapado a la historiografía y que es tópico central del propio historicismo desde su más temprana formulación. Pero a partir de cierto punto —se lamenta Schama—, en la historiografía se pretendió emplear métodos «científicos», más tarde generalizados en las ciencias humanas y sociales, deslumbradas a su vez con el acto mismo de *recordar* y sus efectos prácticos. La relación *exclusiva* entre «historia» y «memoria» quedaría rota así, duplicada y difusa. En otro tiempo —más afortunado en el sentir de Schama— la conexión entre la musa *Clío* y su madre, *Mnemosine*, era tarea de excepción, siempre apreciada y nunca masiva, depositada en manos de rapsodas y cronistas. El rescate de la *imaginación histórica*, en consecuencia, es el modo propuesto para volver a aquella situación.

A pesar de la diversidad de acercamientos que hoy observamos, ha habido desde el siglo XIX, y existe aún incluso reforzada, una manera muy apreciada, y bien representativa, de *hacer historia*, que es la «*historia política*». Ella constituye el tipo de discurso historiográfico (subgénero más bien) que algunos consideran como la *historia* por antonomasia, su esencia identitaria, su facies principal. Y a muchos les parece, por esa misma solidez nuclear y esa seguridad con que se nos presenta, que siempre estuvo ahí de forma bien simétrica, vestida de parecida guisa a como nos la legaron quienes la construyeron. Como si, a la manera de Atenea, naciera armada ya del cerebro de Zeus. Pero esa forma de escribir la historia —no insisto mucho en ello por ser bien conocido— se hará mayoritaria solamente en la segunda mitad del siglo XIX, cuando su *narrativa*

⁷ SCHAMA, S.: «Clío...» cit., p. 172. Para lo siguiente, pp. 173-174. En cualquier caso, dice después, ya no podremos (*ni deberemos*) escribir igual que los bostonianos [Bancroft, Prescott, Parkman]. Considerando a Peter Gay como uno de los mejores prosistas en historia, cree que «la actual generación de historiadores debe encontrar su propia voz, igual que todas las que la han precedido» (p. 177).

principal (aspirando a ser *ciencia*) se alejase orgullosa de la literatura —la novela—, por propia voluntad.

La historia dejó entonces a la *ficción realista* un legado precioso: el de *narrar* la historia de la *gente corriente* sirviéndose de la *imaginación*, en un sentido lato. Más tarde, reclamaría la historia aquel copioso capital primero que había abandonado, y lo hizo con energía —se encargaría de ello la radiante «*historia social*»—, pero estaba ya avanzado el siglo XX y las formas de exposición científica de la historia, obedientes a otros requisitos, adoptaban por fuerza otras maneras y otras formas de hacer.

Para los diltheyanos como Collingwood (y en Schama es bien explícita esa vocación), la historia encierra claves para saber certeramente «*qué es el hombre*», y por eso la historia es una forma «*indispensable del autoconocimiento humano*»: el estado *adulto* en los seres humanos —Horacio *dixit*, y otros le siguieron— implica *historia*, conciencia de ella, del cambio y de la temporalidad, noción de la experiencia, en suma... Y al contrario, la gente «*sin historia*» no es capaz, nunca, de inscribirse en el *tiempo*, no puede abandonar merced a esa experiencia, *experiencia vivida*, la fase de la infancia, la mentalidad infantil.

En esta perspectiva filosófica (que no es nada nueva, insisto) «*la misión de la historia es iluminar la condición humana a partir de los testigos de la memoria.*» ¿Qué diferencia habría, por lo tanto, entre las verdades que nos revela la literatura y las verdades de la propia historia...?⁸ ¿Y no serían éstas de rango superior a las que puedan encerrarse en las leyes sociales...? Ésa, y no cualquier otra, es la base teórica del propio Simon Schama, que puliendo y mimando el *relato* historiográfico construido a partir de *evidencias*, pero también de *indicios* y de *suposiciones intuitivas* (verosímiles, claro, aunque *no demostradas* ni demostrables), nos habla de *narrativa* y no de explicación⁹.

III

Lo que hoy se denomina «*nuevas corrientes*» en la historiografía es, bien mirado, algo que nunca ha dejado de entroncar con esa operación fundante, o si se prefiere con aquel hecho de *la ruptura* de los historiadores con el relato «*imaginativo*», para tratar

⁸ ANKERSMIT, F. R.: «La verdad en la literatura y en la historia», en OLÁBARRI, I. y CASPISTEGUI, F. J. (eds.): *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, pp. 49-67.

⁹ PERRY, L. P.: «The covering Law Theory of Historical Explanation», en BURSTON, W. y THOMPSON, D. (eds.): *Studies in the nature and teaching of History*, Londres, 1967. NOWELL-SMITH: «Historical Explanation», en KIEFER, E. et alii, (eds.): *Mind, Science, and History*, Albany, 1970, pp. 213-233. MARTIN: *Historical Explanation*, Ithaca, 1977.

de rescatarlo, alguna vez, después. Con todo, hay que advertir que esas corrientes sociocientíficas que desbancan al *relato imaginativo* han ido cuajando de modo lento, sin excepción visible, para venir después a reinventarlo¹⁰. Es cierto sin embargo que el magma actual de lo que se conoce como «nuevas corrientes» se ha abierto paso atropelladamente, aprovechando la repentina falla del pensamiento estructuralista y gracias al abandono del *pensamiento fuerte*, como una forma de recuperar espacios en otro tiempo usurpados.

A través de esa falla han aflorado y van serpenteando modos de proceder que eran preexistentes en la sociología y la antropología, o bien obedecían a líneas de pensamiento filosófico de creación y desarrollo previos al triunfo de la moda estructural. Principios y procedimientos que se benefician del declive (acaso temporal) del *realismo ontológico*. Y que por el momento se contentan con rellenar los huecos que han ido apareciendo en el desplazamiento de las seguridades que nutrían a aquél. La reciente explosión de la historiografía en varias direcciones ha contribuido a hacer más evidente, más sensible y notoria, aquella quiebra tan acelerada en nuestra disciplina de los *usos realistas* del concepto de *verdad*. Y más que un *nihilismo* o un escepticismo radical de tipo historiográfico (lo que nos llevaría a los historiadores, con gusto o con pesar, a hacernos posmodernos), lo que se muestra con toda contundencia son las repercusiones del éxito alcanzado por otras acepciones y usos filosóficos del concepto de *verdad*¹¹, como las procedentes de la filosofía del lenguaje¹².

Incidencias y efectos que, aun no siendo muy rápidos, juegan a aparecer por las esquinas, perceptibles a simple vista, con trayectorias que presumiblemente se perfilarán en el futuro. Especialmente, la situación se configura así en los Estados Unidos, donde *relativismo* y *escepticismo* han ido ciertamente a confluir, añadiendo consecuencias morales y políticas al escenario de esa reorientación filosófica común¹³. Pero también, como ya subrayamos, se percibe un rechazo generalizado del concepto de *objetividad* fijado por el positivismo: «Nosotras redefinimos la objetividad histórica —escriben Appleby, Hunt y Jacob, tres historiadoras situadas entre el análisis político y el cultural— como una relación interactiva entre un sujeto investigador y un objeto externo. La validez, en esta definición, proviene más de la definición que de la prueba, a pesar de que sin prueba no hay escrito histórico que valga.»¹⁴

¹⁰ NIETHAMMER, L.: (ed.): *Lebenserfahrung und kollektives Gedächtnis. Die Praxis der «Oral History»*, Frankfurt 1980, y *Die Jahre weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll». Faschismuserfahrung im Ruhrgebiet*, Berlin, 1980.

¹¹ KIRKHAM, R.L.: *Theories of Truth. A Critical Introduction*, Cambridge Mass.-Londres, MIT Press, 1974.

¹² DAVIDSON, D.: *De la verdad y de la interpretación. Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje*, Barcelona, Gedisa, 1990 (ed. Original 1984).

¹³ A modo de respuesta, aunque desde una perspectiva no tradicionalista en historiografía: APPLEBY, J.; HUNT, L. y JACOB, M.: *La verdad sobre la historia*, Buenos Aires, Editorial Andrés Bello, 1998 (Ed. Original 1994).

¹⁴ APPLEBY, HUNT y JACOB: *La verdad... op. cit.*, p. 243.

Vivimos en un mundo en el que los medios de comunicación de masas y el deslumbramiento *de y por* la imagen han intervenido también poderosamente sobre las nociones de *tiempo y realidad*. Para Ilya Prigogine, «leer la historia del universo como historia de un tiempo autónomo, o de una autonomía creciente del tiempo es [...] una de las tentaciones interesantes de la ciencia contemporánea.» No se trata ya pues de la «aceleración» y el «desmigajamiento» que, como tantos otros, lamentaba el historiador de la política Jean-Pierre Rioux¹⁵, sino de la expansión evidente y acelerada de otras maneras teóricas y prácticas, y por ello no necesariamente *académicas*, de enfrentarse a la consideración del tiempo.

Maneras, finalmente, cuya fundamentación científica y filosófica podrá ser todavía difusa o algo indeterminada, y sobre las que discuten aún pensadores y científicos, pero que no son desde luego inexistentes ni inapreciables¹⁶. Andreas Huyssen, por ejemplo, relaciona el reciente culto a la *memoria* con el doble fenómeno de *aceleración* del tiempo y *compresión* del espacio que impone en las ciudades la aceleración de la vida actual, generando una creciente angustia por cuanto desaparece *del todo* de nuestras vidas, por lo que queda borrado de ellas para *siempre*. La persecución a ultranza de la *memoria* en la mayoría de las sociedades, desde hace unas décadas (de la memoria de lo *particular*, de lo *propio* y *pequeño* en especial), su cristalización, sería entonces el antídoto, como una especie de cerco defensivo contra el sentimiento de la *pérdida*, una *pérdida segura* a la que conducirían irremediabilmente aquella doble circunstancia y nuestra irreparable condición¹⁷.

¹⁵ PRIGOGYNE, I.: *El nacimiento del tiempo*, Barcelona, Tusquets, 1991 (Ed. Original 1988), p. 29; RIOUX, J.-P.: «La déesse mémoire», *Le Monde* supl. 18/3/93, p. II.

¹⁶ Relaciones entre mecanismos de tipo económico (las recientes transformaciones del capitalismo post-industrial) y de orden cultural, en posmarxistas como HARVEY, D.: *The Condition of Postmodernity*, Cambridge Mass., Blackwell, 1990.

¹⁷ HUYSEN, A.: *En busca del futuro perdido*, México, FCE, 2002 y *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2002.